

“Hic et nunc”

“Las más brillantes apariencias pueden cubrir las más vulgares realidades. El mundo vive siempre engañado por los relumbrones”. De esta forma William Shakespeare expresa a la perfección como, desde siempre, nos hemos movido vertiginosamente entre la apariencia y la realidad pero, ¿sabemos exactamente el significado de esto?

La pregunta por lo verdaderamente real es una de las cuestiones que ocupa la filosofía desde sus comienzos: ¿cómo saber que aquello que uno considera cierto no es sino algo aparente o innecesario?, ¿qué garantía hay de que la imagen mental que el hombre tiene de ese “algo” corresponda con ello mismo?, ¿verdaderamente nos gustaría vivir en la realidad o, por el contrario, nos encontramos a gusto en esta apariencia ficticia que nos sirve de útero y nos protege del mundo real?

Para poder cuestionarnos todo lo anterior, deberíamos empezar por saber verdaderamente el significado de estas dos palabras entre las que nos movemos. Definimos la apariencia como la forma en que se manifiesta, o muestra, la realidad a los sujetos que la perciben. Podemos deducir de esto que lo que vemos es apariencia y detrás de esta se esconde el conjunto de todo lo que se opone a la nada, lo que la cosa realmente es, la realidad. Este tema puede generar polémica, ya que se puede dividir en dos bandos: unos pueden pensar que la apariencia nos oculta la realidad y otros que la apariencia nos la muestra. Pero, ¿cómo saber que nuestros sentidos nos muestran la realidad tal y como es?

De acuerdo con diversos experimentos llevados a cabo en el campo de la neurociencia, cada vez parece más evidente que el cerebro nos engaña continuamente. Debemos cuestionar nuestra propia capacidad para captar e interpretar lo que sucede alrededor. Por si esto fuera poco, nuestra memoria se empeña en recordar, no lo que sucedió, sino lo que a nosotros nos seduce pensar que sucedió, construyendo así un relato a la medida de nuestros deseos y conveniencias. Además, la información que los sentidos nos ofrecen no aparece desorganizada, sino organizada en “totalidades estructuradas” y, por ello, como diría Bertrand Russell, percibimos una superficie lisa y suave al deslizar nuestra mano por una mesa, pero no notamos los tremendos cráteres microscópicos que hay en esta. Tampoco somos capaces de percibir la serie de líneas y puntos que componen las letras de un texto. Entonces, qué podemos esperar de nosotros mismos si, según parece, solamente somos capaces de percibir una mínima parte de la realidad y el resto lo rellenamos echando mano de la fantasía, de manera que acabamos componiendo una imagen que es mitad verdad y mitad ficción.

Ante la pregunta ¿qué es la realidad y cómo está ordenada? hay varias respuestas. Las respuestas “*idealistas*” argumentan que la realidad es “*idea*”, con lo que la cuestión sería ¿qué es “*idea*”? Así, Kant dice que las ideas son la forma en la que el pensamiento humano organiza la información percibida por los sentidos de las cosas que existen realmente fuera del pensamiento y, por ello, no conocemos la realidad tal cual es, sino el modo en el que ésta se adapta a nuestras facultades. Hegel, por su parte, admite que la realidad es la realización de las ideas y las ideas, los modos en los que la realidad se organiza en su evolución. Por otra parte, las respuestas “*dualistas*” dividen lo real en dos ámbitos diferentes: su esencia (lo que la cosa verdaderamente es) y sus características sensibles. Finalmente, las respuestas “*materialistas*” reducen lo real a materia con diversos niveles de organización.

Por todo lo anterior, nos damos cuenta de que la realidad es algo difuso percibido intersubjetivamente por nuestros sentidos, que tan solo muestran una mínima parte de lo que la cosa verdaderamente es. Pero, para refutar lo anterior necesitamos información, información diferente a la que nos dan los propios sentidos para así poder compararla con aquello que los sentidos nos ofrecen y poder demostrar así que nos engañan, para conseguir demostrar que la realidad percibida es una realidad distorsionada. Pero, si vivimos bajo el gobierno de nuestros sentidos, ¿qué ocurre si el problema es de la interpretación de la información que percibimos? Tal vez, si los sentidos nos ofrecen una fiel visión de la realidad, el problema es del sujeto perceptor, ya que este entiende su propia realidad como síntoma de lo ofrecido. Sin embargo, ¿y si el problema es la continua información distorsionada que nos ofrecen los medios de comunicación? A pesar de esto, no sabemos con certeza si los sentidos nos engañan o no, no hemos encontrado aún otra forma de comprender el mundo sin detectarlo, primeramente, a través de los radares de nuestros sentidos. Esto nos lleva a cuestionarnos si todo aquello que percibimos como realidad no es sino un espejismo distorsionado de esta. Lo que sí sabemos es que somos engañados por toda la información que recibimos a diario y, esta, acaba afectando a nuestra opinión. Hace tiempo que sabemos que la realidad poco importa, lo que nos interesa es el “*abracadabra*” que anima nuestra percepción de la realidad.

Que la vida quizás tan solo sea un sueño, esto ya lo dijo Calderón de la Barca mejor que nadie en sus ágiles versos, y así Ramón de Campoamor expresó, con precisión y contundencia, que es muy difícil discernir la verdad de la mentira, todo acaba dependiendo de nuestra opinión, ideología, cultura, etc: “*Y es que en el mundo traidor / nada hay verdad ni mentira; / todo es según el color / del cristal con que se mira.*”

Además, ya Platón, en su obra *La República*, lo pone en manifiesto en la alegoría de

la caverna. Con esta trata de mostrar, en sentido figurativo, como la vida nos encadena mirando hacia la pared de una cueva desde que nacemos, y cómo las sombras del exterior que vemos reflejadas en la pared componen nuestra realidad. A partir de esto, Platón intenta explicar cómo el papel de los sentidos queda relegado y los considera engañosos. De esta forma, la única manera en la que el hombre puede liberarse de las cadenas del mundo sensible y acceder al mundo inteligible es mediante la razón y el entendimiento. Sin embargo, hoy en día, todos nosotros podríamos ser, desde que nacemos, los hombres atados y las cadenas perfectamente podrían ser las redes sociales y los medios de los que recibimos la información. El exterior de la caverna sería la realidad (lo que el mundo verdaderamente es) y los hombres que pasan con objetos y estatuas delante del fuego podrían ser aquellas personas con poder que buscan controlar a la población, personas detrás de las ideologías dominantes, gente que busca una sociedad manipulada a su antojo. Por último, las sombras serían toda esa información “retocada” que recibimos y de la que estamos rodeados a diario. Pero todo “retoque” depende de la dirección ideológica de la que provenga el mensaje porque la objetividad parece haber sido devorada por los muchos intereses que juegan partidas interminables sobre la actualidad y, hoy en día, acercarse a las noticias es exponerse a ser zarandeado de acá para allá.

De esta forma, Rubén Darío muestra a la perfección en su obra *Azul* este sentimiento de engaño y decepción ante el conocimiento de la realidad: “*Acerqueme, vilo de cerca todo. Las lilas y las rosas eran de cera, las manzanas y las peras de mármol pintado, y las uvas de cristal. ¡Naturaleza muerta!*”

Desde pequeños nos enseñan que debemos aparentar ser o tener “algo”, para así destacar y sobrevivir en esta sociedad, tal y como hacía el escudero de *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. Como Lázaro estaba muy impresionado por el escudero y su apariencia, bien vestido, aseguró la satisfacción del hambre que padecía. Pero, más tarde es consciente de que el escudero no tiene ni tan siquiera para abastecer sus necesidades básicas. Es tan pobre que el propio Lázaro llega a mendigar comida para él. A pesar de todas las penumbras vividas con este, Lázaro lo sigue como ejemplo y acaba viviendo de las apariencias al final de la obra. Cae en este agujero de mentiras y dice conseguir la cumbre de toda buena fortuna, cuando en verdad acaba perdiendo la poca honra que le quedaba. Es decir, en la actualidad, dada la influencia de la importancia que la imagen ejerce sobre nosotros, aparentamos ser una mera copia de los modelos que los medios de comunicación y la publicidad nos ofrecen en constantes mensajes visuales, lo que ocasiona una frustración de difícil remedio, enfermedades alimenticias, evasión de la realidad por

medio de drogas, etc. Nos hemos convertido en una sociedad materialista que compra con dinero que no tiene, aquello que no necesita para impresionar a aquellos que no le agradan. Así, creamos un personaje que acostumbramos a disfrazar para los demás y, al final, acabamos disfrazando para nosotros mismos, por lo que acabamos por desconocernos totalmente.

En consecuencia, si al hecho de no estar seguros de si aquello que percibimos es real o no, añadimos la forma en la que manipulamos todo aquello que nos rodea, nos damos cuenta de que vivimos en un mundo de espejos y espejismos en el que lo importante no es lo que se es, sino lo que se muestra, no las consecuencias lejanas de nuestros actos, sino los resultados inmediatos y aparentes. Ésta es la razón que explica la trivialización de la perversión, cómo nos acabamos convirtiendo en esclavos de nuestro propio personaje, creado primeramente por/para nuestra familia, reforzado por/para la sociedad y protegido por/para la cultura.

Como resultado de este mundo manipulado, nos convertimos en autómatas inconscientemente esclavizados, escondidos tras el anonimato y, ante la soledad de la luz de la pantalla del ordenador, hay quien vive una falsa felicidad en una realidad virtual que termina cuando apaga el sistema. Creemos que sin apariencia no existiría la realidad, tememos salir del engaño, salir de la caverna, porque preferimos una apariencia conocida a una realidad libre no manipulada. Preferimos la apariencia al lado problemático de la realidad. El ser humano vive en la comodidad de lo conocido y, a pesar de ser un animal curioso, nos estamos convirtiendo en seres conformistas, con miedo, esclavizados por todo aquello que esta masiva sobreinformación nos ofrece. Tal y como dijo Esquilo de Eleusis: *“La mayor parte de los hombres prefieren parecer que ser.”*

Así pues, el ser humano siempre se ha debatido entre el *“ser”* y el *“querer ser”* y ha tratado de enmascarar su realidad ofreciendo a la vista de los demás lo que no es o lo que no tiene. Vivimos pendientes de no subvertir lo que la sociedad considera normal y disfrazamos nuestra vida de convencionalismos en áreas de lo *“socialmente o políticamente correcto”*. Las redes sociales y por consiguiente Internet, han logrado poner la guinda a esta sociedad en la que nadie ni nada es lo que dice o parece ser. Tan solo nos queda admitir que, en este teatro que es la vida, ser natural es la pose más difícil.

La gata de Schrödinger.